

El Dolor de Ser Fuerte
Trilogía
El Hombre Que Ouiso
Volver A Ser Niño
Por Antonio M. Abad

I

Siempre que la adversidad, arrojándole como un guñapo a las charcas de la calle, le maltrataba, Licerio Guerrero suspiraba:

—¡Ay, quién pudiera volver a ser niño!...

Porque, de niño, Licerio era muy feliz. Sus padres eran ricos y él, hijo único. Para que nada le faltara, un tío suyo materno murió dejando en la orfandad a otro hijo único, César, que apenas tenía tres años, uno menos que Licerio. César pasó a vivir con la familia de Licerio, y desde entonces fué su amigo y compañero.

Y Licerio y César eran los niños más felices de la tierra. Es verdad que había días en que se enseñaban los morros y aun se golpeaban y rasgaban los trajecitos de marinero—siempre iguales—con que Doña Josefa, madre de Licerio, se complacía en atormentarles a pretexto de que así estaban más guapos. Pero siempre acababan por reconciliarse para volver a jugar al trompo, a la cometa o al *sungka*. César era un poco tramposo, y esta era la causa de sus peleas; pero, quizá por esto mismo, resultaba tan encantador y simpático.

Luego era de ver lo complaciente que era para con su primo Licerio. En medio de su feliz inconsciencia, parecía tener la intuición de que todo el bienestar de que estaba rodeado se lo debía a la familia de Licerio y que tenía el deber, para con el pequeño heredero, de ser condescendiente hasta la complicidad, sin perjuicio de engañarle cada vez que podía. Ambos tenían inclinaciones perfectamente afines. Cuando maduraban las guayabas del solar vecino, era César quien iniciaba la proposición de introducirse allí clandestinamente, y subiéndose al árbol, coger todas las frutas que pudiera, arrojándolas luego a Licerio, que esperaba abajo y recogía todo lo que, desde arriba, caía como fruto del hurto.

¡Ah! Y una vez fueron sorprendidos así, robando guayabas, por el viejo Oyong, dueño del solar y de la huerta que había en él. Oyong

vivía de vender frutas y legumbres y no toleraba que los chicos «bien» le privasen así como así de sus medios de subsistencia. Oyong, que descubrió al fin quiénes eran los enemigos de su propiedad, salió vociferando:

—¡Ah, pillastres, ladrones! Por fin os he cogido... Ahora me las pagaréis todas juntas.

Y con una fusta, castigó severamente las asentaderas de Licerio, que, de miedo,—el miedo cervical del ladrón cogido con las manos en la masa,—ni siquiera se acordó de echar a correr. Allá arriba, mientras Licerio entregaba al viejo Oyong el producto de la sisa con gran vergüenza en los ojos y en el alma, y mientras recibía dos coscorrones y un pellizco, había quedado César, temblando como un azogado y pensando que él era el más culpable.

No se atrevía a bajar, porque el viejo le esperaba al pie del guayabo, fusta en mano, blandiéndola amenazador.

—¡Bája!—gritaba el ogro—Te voy a desollar vivo.

Licerio huyó tan precipitadamente como pudo, abandonando a su compañero a la furia del airado Oyong. ¡Oh! Aquel viejo era refractario a todo progreso, y nunca aceptaría, ni siquiera por un minuto, la teoría de los soviets de Rusia. Es verdad que a Licerio se le ocurrió un instante arrodillarse, inconsciente de su posición de vecino rico y poderoso, a los pies del viejo para impetrar su clemencia para con el compañero, cargándolo él con toda la responsabilidad; pero el instinto de conservación pudo más en él que este rasgo de generosidad.

—¡Abajo!—barbotaba Oyong.

—Mientras no bajé de apartes del tronco—replicó César—yo no bajaré.

—Mira, que voy a subir, y te mato.

—Sube si puedes—contestó descaradamente el pequeño ladrón.

Oyong, en efecto, intentó subir dos o tres veces, y en todas ellas los años le retuvieron en tierra. Entonces, convencido de que el muchacho quedaría sin su correspondiente castigo



si no empleaba con él la astucia, y convencido de que, apartándose sólo un poco, podría darle alcance apenas pisara tierra, Oyong se hizo a un lado invitando al mismo tiempo a César a bajar.

—¡No!—contestó tercamente.—Un poquito más...—Y le señalaba un sitio en el cual debería colocarse si quería que él abandonara el inaccesible puesto desde el cual se encastilló, seguro de sí mismo. César tenía un plan, y comiendo o fingiendo comerse las frutas que había hurtado, decidió esperar a que el ogro le obedeciera. Esto exasperó a Oyong que, creyendo que la voluntad del chico era más fuerte que la suya, se colocó en el sitio que se le había desig-

nado. Era el momento esperado por César. Más rápido que el pensamiento, se soltó de la rama a que estaba agarrado, cayendo sobre las espaldas encorvadas de Oyong que, no esperando tal ataque, rodó por el suelo, sintiendo que el firmamento se había desgajado aplastándole.

César, con las traseras un poco doloridas, echó a correr como pudo, abandonando el botín y al viejo Oyong que quedó completamente aturcido.

Pero, de todos modos, la hazaña no quedó sin sanción. Víctor Guerrero, padre de Licerio, cacique político y amo del pueblo, apreciaba a Oyong. Licerio y César fueron encerrados un día entero en la casa, sin poder asomar las narices a la ventana. Además, Doña Josefa, celosa de la moral de su hijo y de su sobrino, les obligó a rezar siete veces el Padre Nuestro, el Ave María y el Gloria Patri, en penitencia del pecado que habían cometido, quebrantando el séptimo mandamiento.

II

Licerio se licenció de abogado y César, de ingeniero.

—Es lo que más conviene a mi carácter—decía a su mamá.—Ser campeón de la justicia, defender a los pobres contra las persecuciones de los ricos, ayudar al Estado a castigar a los criminales y proteger a los inocentes. Ese es, para mí, el camino del abogado. ¿No te parece esto un apostolado, el apostolado del derecho?

Víctor Guerrero se burlaba un poco de los entusiasmos de su hijo. Precisamente, los abogados que él conocía, los favoritos de la suerte y de la fama, tenían en su haber cuentas no muy justas ni muy santas. ¡Si sabría él que, por una sola coma en un documento mercantil, le obligaron a pagar en una ocasión siete mil quinientos pesos!

Pero Don Víctor era muy comprensivo. Cada uno tenía derecho a escoger la vida que más acomodase a sus gustos e inclinaciones, y pues su Licerio se sentía llamado a ser el campeón de los débiles y oprimidos, cuya causa estaba dispuesto a defender, lo mejor era darle oportunidad de ser algo. La Vida, que es la más rígida de las maestras, le enseñaría después...

Y la Vida fué, desde un principio, fosca y cruel para con Licerio. Su primera causa fué desastrosa. Defendía a unos pobres campesinos, acusados de robo en cuadrilla por un cacique de barrio que veía en ellos a los futuros rivales, y el juzgado condenó a todos a ocho años de prisión.

—¡Novatadas!—decían sus colegas.—La defensa no podía ser más descabellada. Son inocentes, ya se sabe, pero Licerio Guerrero no lo

gró desvirtuar siquiera la alegación de que hubo conspiración.

En cambio, César prosperaba a ojos vistas. Se empleó primero en el gobierno como segundo o tercer ingeniero auxiliar de distrito. Luego, dejó el gobierno para ser contratista de obras. Más tarde se casó con la chica más admirada de la provincia, con lo que sus negocios prosperaron más todavía.

Y de asuntos del corazón, ¿cómo estaba Licerio? ¡Ay! El candor y la ingenuidad le hacían tímido; la nobleza de su corazón le impidió siempre echar mano de pequeños trucos en las entretenidas y peligrosas lides del amor, con lo que siempre resultaba derrotado; su sinceridad no conmovía a las chicas de su tiempo; su odio a la frivolidad ambiente, su desapego de la cultura de cine y *magazine* le hacía fastidiosamente soso.

Una vez se creyó amado. Lulú Serrano era una muñequita deliciosa, muy *chic* y muy *sport*.

Teresita, que comulgaba, por lo menos, una vez al mes. ¡Encantadora y contradictoria Lulú!

Pero para Licerio no había tal contradicción. Lulú vivía y tenía que vivir en el corazón del siglo. Y el siglo era todo eso: ruido de automóviles, aeroplanos y *motor boats*, algarabía de *jazz*, fiebre de velocidad, batir constante de toda clase de registros, inquietud de *tennis*, orgía de músculos y trajes de baño que no dejan nada para la perversa autopsia imaginativa de la adivinación.

Y Licerio era un rezagado del siglo quince, obligado a vivir en la post-guerra. Virtudes del



Su charla cantarina de pájaro feliz abría para ella las puertas de todos los corazones. Era un poco romántica y un mucho artista. Adoraba los bailes, los saraos, los *at homes*, los *picnics* y a Ronald Colman y Rod La Roque. Cuando llegaron los *talkies*, descubrió nuevos artistas, los virtuosos del canto lánguido y pueril del repertorio americano. Pero Lulú—y esto volvía loco a Licerio—era, además, de una virtud a prueba de películas atrevidas y audaces y de cuentos subidos de color. Su frivolidad era a flor de piel. Su verdadera alma estaba entregada a ciertas asociaciones piadosas, pues era una fervorosa

ayer injertadas en las costumbres de hoy—tal era su ideal. Una mujer muy moderna, muy *up-to-date*, con las sólidas virtudes de la seráfica doctora,—tal era su sueño de mujer. Y este sueño se hizo carne y fué Lulú Serrano.

III

Lulú Serrano fué franca. ¡No! El no era su hombre ideal. Deseaba otro, menos soso... menos rezagado. ¿Muy bueno él? Sí, señor; pero para ella era «demasiado bueno». Un hombre con más bríos, con más nervios, más práctico. ¡Sí, eso era! Más práctico hasta en el arte de ser campeón de los oprimidos. (Y lo de «opri-

midos» lo decía con cierto voluntin). Por eso, escogía, por su libérrima voluntad, a Pepe Pastрана, gran deportista, excelente bailarín, que adoraba antes a Lila Lee y hoy a Nancy Carrol, y que era, además, católico práctico como ella.

Y en medio de su dolor, Licerio Guerrero, abadido por la adversidad, suspiraba:

—¡Quién pudiera volver a ser niño!

Y una noche, en que quedó dormido en fuerza de llorar sobre las ruinas de su destrozada ilusión, su Angel bueno le despertó.

—¿Quieres volver a ser niño de veras?—le preguntó.

Licerio Guerrero tembló de alegría. Habló y su voz resonó dentro de su cabeza, dentro de su corazón. Afirmó con los ojos, con la cabeza, con toda el alma. ¡Por fin volvería a ser feliz!

—¡Sígueme!—replicó el angel, tomándole de la mano. En seguida se sintió trasportado como a través de blancos tules, conducido a regiones lejanas, hasta que perdió la consciencia de sí mismo. Cuando se despertó se encontró en medio de una gran plaza, jugando con niños de cinco o seis años.

—¡Qué felicidad!—murmuraba Licerio... que ahora ya no se llamaba Licerio, sino René. Su aya no le perdía de vista. Ni siquiera le dejaba acercarse a un estanque próximo, lleno de peces de color, por miedo a que cayera en él; tampoco le permitía situarse cerca de una fuente cuyas aguas alzaban, en un triunfo de mármoles, su gran sinfonía húmeda, por temor de que se estropeará su traje de marinerito. Luego, al caer el crepúsculo, René vio llegar un gran *Renault*, y dentro de él, una señora que le llamó a él y a su aya, y le metió en el coche, al mismo tiempo que Madame Jean Pelletier le daba en los mofletes un sonoro beso con sus labios pintados. —*Mon chérie, mon chérie!*...—decía abrazándole, al mismo tiempo que le examinaba el vestido para ver si estaba tan limpio como cuando se lo puso.

Pero en el momento de echar a andar el coche, llegó al parque una pareja de recién casados. René, al verlos, se echó a llorar sin saber exactamente por qué. Un nombre resonó claramente en sus oídos, *El*, cogiéndola por el talle, exclamaba:

—¡Qué jardín más hermoso! ¡No es así, In-lú?

—Sí, Pepe; esto es el cuento de las Mil y Una Noches.

El cuento lo vivía él, Licerio Guerrero, llamado René Pelletier en pleno París. Lloraba, lloraba a pesar de las caricias de su mamá, Madame Jean Pelletier, esposa del gran banquero Jacques Pelletier.

Y todas las tardes, de regreso del parque, René lloraba sin consuelo, sin explicarse por qué. Los juegos no le divertían. El trompo, la cometa, los caballitos de madera no le daban la felicidad. Los gritos de sus compañeros, niños como él, le aturdían. Los triciclos, compendio, allá en un lejanísimo país, del triunfo infantil, le aburrían horriblemente. Saltaba a la comba, y sus piernas le traicionaban. Corría desalado tras un gran disco, y de pronto se sentía en ridículo. Probaba a pelearse con sus compañeros, pero sintiéndose más fuerte que ellos, una enorme compasión le desarmaba de súbito. Se acercaba a las niñas, que arrullaban a sus muñecas sobre la suave alfombra de la alcatifa, y las niñas le arañaban por demasiado serio y formal.

Los médicos se alarmaron y recetaron aires de mar. Pero la sórdida melancolía de René no cedía. Biarritz, San Juan de Luz, San Sebastián eran playas demasiado artificiales. El era un niño con *spleen*. Alma de hombre encerrada en una infancia sin candor ni inconsciencia. Y René lloraba sin consuelo, y en medio de este dolor sin nombre, se acordó de llamar a su Angel una noche de insomnio.

—¿Qué quieres?

—Quiero volver a ser hombre.

—¿Estás loco? ¿Quieres volver a sufrir la enorme carga de ser hombre, sentir el dolor de tener que ser fuerte, reír cuando el alma se desgarrara, aparentar alegría cuando la ilusión se ha hecho trizas?

—¡Sí, quiero! Prefiero ser hombre con el corazón roto a ser niño con el alma sin alegría.

René Pelletier desapareció. Licerio Guerrero volvió a ser Licerio Guerrero.

¡Ah! Pero esta vez afrontó valientemente la adversidad. Alzó la frente, desafió al Destino, miró a lo alto y se levantó. Entonces se convenció de que los hombres sólo son bajos cuando se ponen de rodillas.

ESTA
REVISTA
está impresa por

78-80
ANDA
W. C.

THE SAN JUAN PRESS
PRINTED AND BOUND BY THE PRESS
10-20 W. 12th St. - SAN JUAN, P. R.

PHONE
2-37-36